

ORACIÓN

Señor y Hermano nuestro Jesús, Tú estás con tu Padre y estás con nosotros cada vez que “nos reunimos en tu nombre”, concédenos:

- vivir siempre de las Palabras que dirigiste a los tuyos en la última cena,
- y permanecer siempre pidiendo y esperando tu Espíritu que nos haga amarte a ti, amar a tu Padre, y cumplir tu mandamiento de amar a nuestros hermanos los seres humanos.

TEXTO

MARCOS 8,27-33

«²⁷Y salió Jesús y sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntaba a sus discípulos diciéndoles: “¿Qué dicen los hombres que soy yo?”.

²⁸Pero le dijeron diciendo: “Que Juan el Bautista, y otros, Elías; y otros, que uno de los profetas”.

²⁹Y él les preguntaba: “Pero vosotros, ¿qué decís que soy yo?”.

Respondiendo Pedro le dice: “Tú eres el Mesías”.

³⁰Y les recriminó para que a nadie hablaran sobre él.

³¹Y comenzó a enseñarles que era necesario al Hijo del Hombre sufrir muchas cosas y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser asesinado, y después de tres días resucitar; ³²y hablaba con franqueza estas palabras.

Y, tomándole aparte, Pedro comenzó a recriminarlo.

³³Pero él, volviéndose y viendo a sus discípulos, recriminó a Pedro y dice: “Ponte detrás de mí, Satanás, porque no piensas las cosas de Dios, sino las de los hombres”».

COMENTARIO

➤ La narración simbólica de la curación del ciego va seguida significativamente de *un relato en dos partes*. En la primera Jesús solicita opiniones sobre él, escucha la declaración de Pedro que él es el mesías y ordena (lit. «recriminó») a los discípulos que no divulguen estas noticias (8,27-30). Sin embargo, cuando Jesús continúa especificando qué tipo de mesías es él, un mesías que sufrirá, morirá y resucitará, Pedro responde con un reproche y Jesús a su vez lo reprende llamándole «Satanás», pues sus pensamientos operan en el nivel humano más que en el divino (8,31-33). La condición de Pedro, mitad inteligente y mitad insensible, es similar al estado del ciego en la narración anterior que solo ve a la mitad: está medio ciego. Además, el lenguaje, típico de los exorcismos, de «recriminación», que se halla por doquier en el pasaje, sugiere que esta condición es el resultado de una lucha entre la revelación divina y la resistencia demoníaca. Esta relación con la historia del ciego queda reforzada por el hecho de que en tradiciones judías y en el Nuevo Testamento Satanás y los demonios aparecen dibujados con frecuencia como los causantes de la ceguera de los seres humanos (cf. Hch 26,18; 2Cor 4,4).

Así como los verbos referentes a la visión dominaban el pasaje anterior, los de *la locución* dominan este («preguntan», «responden», «reprochan», «enseñar» y tres verbos diferentes para «decir»). Esta preponderancia de verbos referidos al lenguaje refleja el carácter del texto como un *diálogo dramático de ideas*, cuidadosamente construido para expresar dos temas estrechamente relacionados: mesianismo de Jesús (8,27-30) y su próxima pasión, muerte y resurrección (8,31-33). Las dos partes del pasaje siguen

un modelo similar: 1) pregunta o declaración de Jesús (8,27 + 29a, 31-32a); 2) respuesta de Pedro (8,29b, 32b); y 3) contra-respuesta de Jesús, introducida por «recriminó» (8,30, 33). Jesús tiene así *la primera y última palabra*, pero Pedro y los otros discípulos son también personajes significativos en el diálogo y la palabra «discípulos» aparece al principio y al final de la perícopa (8,27.33), señalando la concentración creciente de esta sección del evangelio en el discipulado. La ambigua posición de los discípulos queda destacada por las dos yuxtaposiciones de «discípulos» y «hombres» en este pasaje: al comienzo, Pedro, como representante de los discípulos, muestra una sabiduría que supera la de los demás (8,27-30), pero al final queda situado en el lado de la humanidad, enfrentada a la revelación de Dios y poseída por el demonio (8,33).

Pero el interés central del pasaje, como el del evangelio entero, se concentra en la identidad y destino del mesías más que en la naturaleza de sus seguidores, aunque los dos aspectos están interrelacionados. Ciertamente, los empleos de «hombres» en 8,27 y 8,33 enmarcan el diálogo con referencias a una humanidad ignorante y alejada de Dios, pero resulta también significativo que la forma en singular de ese vocablo se repita en el centro del diálogo refiriéndose al Hijo del *Hombre*, cuyo camino hacia el sufrimiento y la muerte es el cumplimiento de un imperativo divino (8,31). Así pues, nada parece capaz de acabar con la enajenación y la ceguera de la humanidad respecto a la voluntad de Dios excepto la muerte, plena de fe, del Hijo del Hombre.

- 8,27-30: ¿Quién es Jesús? Nuestro pasaje comienza con la salida de Jesús y los discípulos de Betsaida (8,22) y su traslado a la parte septentrional extrema de los altos del Golán, a los poblados que rodean la ciudad helenística de Cesarea de Filipo (8,27a). La relación de esta ciudad con el César, es decir, el emperador romano, es significativa si se tiene en cuenta la continuación de la perícopa; queda puesto así el fundamento para la confesión por Pedro de que Jesús es el mesías, el caudillo judío del que se esperaba que con su venida pusiera fin al dominio opresivo de Roma. Esta atmósfera militante se refuerza al especificarse que la conversación siguiente ocurre «en el camino» (8,27b), frase que evoca la imagen isaiana de la marcha victoriosa divina que culmina en la redención de Sión.

Mas, no obstante las evocaciones revolucionarias del contexto, Jesús aprovecha este momento para *revelar su gran secreto*; si él es el mesías, ello implica no solo que es el guerrero santo de Dios, sino también un maestro consumado que sabe conducir a sus seguidores paso a paso desde una percepción a otra. La dilatada naturaleza de este proceso pedagógico queda acentuada por el frecuentísimo empleo de verbos de locución *en imperfecto* («preguntaba» en 8,27 y 8,29; «decía» en 8,32), por el sintagma «comenzaba a enseñarles» en 8,31 y por la idea subyacente de que la revelación se va mostrando gradualmente a la vez que Jesús y sus discípulos pasan por los poblados (en plural) de la zona de Cesarea de Filipo.

«¿Quién dice la gente que soy yo?» es la pregunta principal (8,27c). Los discípulos responden con un breve catálogo de opciones interpretativas: Juan el Bautista, Elías, o uno de los antiguos profetas venidos del reino de la muerte (8,28). Son las mismas opiniones populares presentadas ya en 6,14-15 y mencionadas en el mismo orden. Esta repetición es probablemente deliberada y sugiere que, aunque Marcos considere que las dos primeras opiniones son erróneas y la tercera es solo correcta en parte, señalan sin embargo *aspectos importantes* de la misión de Jesús. Las tres posibilidades vinculan a Jesús con el mandato profético y, por otros lugares del evangelio, sabemos que el Jesús marcano se consideraba a sí mismo como un profeta (cf. 6,4). En verdad, en este pasaje el Maestro continúa con una profecía y hace una predicción detallada y exacta de su rechazo, ejecución y resurrección (8,31). Jesús, pues, aunque sea más que un profeta, es sin embargo uno de ellos (cf. Mt 11,9 // Lc 7,26) y en ese sentido la opinión popular es correcta. Además, la creencia de la muchedumbre de que Jesús es un personaje que había vuelto de entre los muertos puede sugerir que el pueblo consideraba acertadamente que los acontecimientos escatológicos estaban ya en marcha, puesto que se esperaba que la resurrección habría de ocurrir al final de los tiempos (cf. Mt 27,51-53). La resonancia escatológica es aún más obvia en cuanto que la primera figura mencionada, Juan Bautista, aparece dibujada en la

tradición evangélica como el que prepara al pueblo para el final (cf. 1,4-8; Mt 3,7-10 // Lc 3,7-9), y se esperaba que la segunda, Elías, habría de volver para servir de introductor (Mal 4,5-6).

Pero aunque las opiniones proferidas por los discípulos contienen algunos elementos de verdad, desde el punto de vista de Marcos no son la verdad completa. Por ello, Jesús confronta directamente a los discípulos con la pregunta crucial: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (8,29a). La respuesta de Pedro, atendiendo los datos anteriores del evangelio, parece bastante lógica: «Tú eres el cristo» (8,29b), es decir, el mesías, el futuro rey escatológico de las expectativas judías.

La prohibición de Jesús de dar publicidad a su mesianismo, tal como va dirigida a los discípulos en 8,30, se refiere a una valoración correcta de su identidad (cf. 1,24-25; 3,11-12). La prohibición, en verdad, sirve realmente para aumentar la importancia del secreto cuando este se desvele. La confesión de Pedro puede ser muy bien el eco de *una confesión cristiana primitiva* que conocían los lectores de Marcos por sus propios oficios litúrgicos. Jesús es el mesías porque es el rey esperado de Israel, que enseñará a su pueblo los rectos caminos del Dios de Israel y establecerá el reinado divino sobre la tierra derrotando a sus enemigos. El veto a la publicidad, proclamada por Jesús inmediatamente después de la confesión de Pedro (8,30), implica que su desvelamiento en esos momentos era prematura: solo tras la muerte y la resurrección de Jesús se descubrirá la verdadera esencia de su realeza.

- 8,31-33: Pero ¿qué tipo de mesías? Estos acontecimientos trascendentales y el sufrimiento mesiánico que conducirá hasta ellos son ahora profetizados explícitamente por Jesús en la primera de las tres predicciones de la Pasión, estructuradas de un modo similar (8,31; 9,31; 10,33-34), que forman *la espina dorsal de la sección central* del evangelio. Al principio de la predicción presente, a diferencia de las otras dos, aparece la importante palabra *dei* («era necesario»); era vital para Jesús acentuar, en esta primera y abierta profecía de su muerte y resurrección, que esos acontecimientos inesperados *reflejaban la voluntad divina*. Este tipo de intensidad enfática es común en las profecías apocalípticas de los acontecimientos del tiempo final. El *dei* implica también que la muerte y resurrección de Jesús han sido profetizadas en las Escrituras. Textos del Antiguo Testamento, como los pasajes sobre *el siervo sufriente* de Isaías, los salmos del Justo perseguido y la profecía de la resurrección «al tercer día» en Os 6,2, se hallan en el trasfondo de nuestro pasaje. Pero ya que la profecía de Jesús concierne expresamente al sufrimiento, muerte y resurrección del Hijo del Hombre, es también probable que se piense en Dn 7. En ese pasaje un «como hijo de hombre» es exaltado a la gloria divina y esa exaltación va unida a la vindicación del pueblo de Dios después de que haya sufrido durante «un tiempo, dos tiempos y medio tiempo».

Aunque solo unos momentos antes Pedro alcanzara la cumbre de la percepción del mesianismo de Jesús, en estos instantes se sumerge en un pozo de torpeza al tomar al Maestro aparte, como para *instruirlo*, y al comenzar a «recriminarlo» por su profecía acerca de su triste destino (8,32b). De este modo se sitúa Pedro en contra de la voluntad revelada de Dios (*dei* = «era necesario»); no es extraño que Jesús responda designándolo como Satanás, el adversario de los designios divinos (8,33).

Sin embargo, nunca entenderemos este pasaje correctamente si no caemos en la cuenta de que la reacción de Pedro fue *totalmente natural*. El cristiano moderno, ahormado por dos mil años de enseñanza eclesial, encuentra normal la idea de un mesías sufriente, pero «desde el principio no era así» (cf. Mt 19,8). La *idea del triunfo* pertenecía intrínsecamente a la noción veterotestamentaria y judía del mesías, no la de su pasión y muerte. Y ya que el destino del Maestro tenía consecuencias directas para sus seguidores, la noción de un mesías sufriente confundía también el deseo natural de los discípulos de compartir la gloria mesiánica terrenal de Jesús; en cambio, este les ofrecerá pronto participar en su crucifixión (8,34-35; cf. 10,35-45).

Así pues, Pedro «recrimina» a Jesús por esta profecía y este verbo tiene probablemente algo del mismo sentido de exorcismo que en otros lugares del evangelio: Pedro atribuye el presagio de Jesús sobre su muerte a un ataque satánico y trata de eliminarlo de la mente del Maestro. Jesús, sin embargo, se vuelve rápidamente hacia Pedro y le reprocha a su vez que sea como «Satanás», cuyos pensamientos lo han

situado en el plano opuesto a los designios de Dios (8,33). Para Jesús es el rechazo del sufrimiento mesiánico, no su admisión, lo que constituye la tentación diabólica que debe ser exorcizada (cf. 14,35-38). Debe señalarse que el punto en disputa es exactamente *cómo se logrará la victoria mesiánica* sobre las fuerzas del mal. Para Pedro, la lucha prevista prevé una victoria que se logrará gracias a un asalto militar contra enemigos de carne y sangre. Según tal guión, la muerte prematura de Jesús, el mesías y por tanto el capitán de los ejércitos de Dios, sería un golpe devastador propinado a las fuerzas de la divinidad y un golpe espectacular de la oposición. Para Jesús, sin embargo, la victoria mesiánica en primera instancia será un triunfo cósmico sobre enemigos sobrenaturales (cf. 1,24; 3,23-27) y se logrará no por una batalla convencional, sino por la muerte y la resurrección. Cualquier intento de desviarlo de esta tarea extraordinaria es una tentación satánica, una tentativa de sustituir los majestuosos proyectos de Dios, que han de transformar el mundo en una nueva creación, por los estrechos esquemas, faltos de imaginación, de los humanos. «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos» (Is 55,8). Es preciso resistir ferozmente tales tentativas de rebajar a Dios hasta un tamaño humano, porque el resultado de la batalla está en juego: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!». El principal de entre los discípulos parece caminar vacilante en el borde de la apostasía.

Camina vacilante en el borde, *pero no llega a caer*, porque Jesús, aun en este momento de peligro supremo, no ordena a su discípulo convertido en Satanás que se aleje de él para siempre, sino que «se ponga detrás de él», es decir, que vuelva a emprender el camino del seguimiento que había abandonado momentáneamente. Pedro es llamado de nuevo al camino del discipulado cabal. Precisamente por esta razón, los lectores de Marcos, tentados también a abandonar el camino del discipulado sufriente (13,13.19-22), podrían identificarse con Pedro. Así pues, hay todavía esperanza de que este discípulo vuelva al redil.

En el siguiente pasaje, Jesús aclarará que este viaje de los apóstoles hacia la luz implicará la necesidad de seguirlo en el camino del sufrimiento y de la muerte para hallar así la vida verdadera.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?